



FACTORES PSICOSOCIALES Y DELINCUENCIA:
Un Estudio de Efectos Recíprocos

PSYCHOSOCIAL FACTORS
AND DELINQUENCY:
Study of Reciprocal Effects

Estrella Romero*, M. Ángeles Luengo
y J. Antonio Gómez-Fraguela
Universidad de Santiago de Compostela

Resumen. El estudio de las relaciones entre factores psicosociales y delincuencia presenta una larga tradición en las ciencias sociales. Concretamente, la familia y el grupo de amigos son dos espacios que han recibido gran atención en la búsqueda de determinantes de la conducta inadaptada. Décadas de investigación han permitido constatar que la delincuencia se asocia con una débil vinculación afectiva a la familia, con la puesta en práctica de estilos educativos inadecuados por parte de los padres, y con la implicación en grupos de amigos antisociales. Habitualmente, estos hallazgos se interpretan en términos unidireccionales: la delincuencia sería el producto de un clima familiar deteriorado y de la asociación con amigos delincuentes. En los últimos años, sin embargo, surgen marcos teóricos que plantean la posibilidad de efectos recíprocos: la delincuencia puede influir también sobre las relaciones familiares y sobre el tipo de amigos buscados por el individuo. En este trabajo se exploran estas hipótesis, a la luz de los modernos modelos "interaccionales". Una muestra de 820 adolescentes fue sometida a dos tomas de datos, en las que se evaluaron diversas variables familiares, la implicación con amigos delincuentes y la delincuencia autoinformada. Los resultados de los análisis de estructuras de covarianza sugieren que, efectivamente, la delincuencia afecta a las características familiares y grupales, erosionando el apego a los padres, endureciendo las prácticas disciplinarias familiares y fomentando la asociación con amigos delincuentes. Estos bucles de influencia recíproca contribuyen, probablemente, a cronificar el estilo de vida antisocial.
Palabras clave: delincuencia, familia, grupo de amigos, modelos interaccionales, efectos recíprocos.

Abstract. The relations between psychosocial factors and delinquency have been a traditional object of study in social sciences. Specifically, family and peer group variables have received a great deal of attention as determinants of deviant behaviour. Decades of research have found that delinquency is associated with a weak attachment to family, inadequate disciplinary patterns and involvement in antisocial groups. Usually, these findings are interpreted in unidirectional terms: delinquency as a product of both a poor family climate and involvement with delinquent peers. Nonetheless, in the last years, new theoretical contexts suggest the existence of reciprocal effects: delinquency can exert effects on family relations and on the type of friends selected by the individual. The present work explores these hypotheses, in line with modern "interactional" explanations. Data were twice collected on a sample of 820 adolescents; family and group variables were assessed, as well as self-reported delinquency. Results from covariance structure analyses suggest that delinquency affects family and group characteristics: it erodes attachment to parents, promotes hard disciplinary behaviours and increases involvement with deviant peers. These spiral effects can contribute to sustain the antisocial way of life.

Key words: delinquency, family, peer groups, interactional models, reciprocal effects.

* Departamento de Psicología Clínica y Psicobiología. Facultad de Psicología. Universidad de Santiago de Compostela. Campus Sur. 15706 Santiago de Compostela

INTRODUCCIÓN

La búsqueda de los factores de riesgo de la delincuencia es una corriente de estudio ampliamente desarrollada. Son numerosos los modelos teóricos que especifican factores y mecanismos etiológicos implicados en la génesis de la delincuencia; y, asimismo, es muy amplio el caudal de investigaciones que intenta examinar empíricamente los predictores de la conducta antisocial. Desde la sociología, la psicología, la pedagogía o la propia biología se han realizado múltiples aproximaciones a esta cuestión, conformando diferentes niveles de explicación (Akers, 1997). Por una parte, nos encontraríamos ante los planteamientos sociológicos (o "macrosociales"), que intentan explicar la delincuencia tomando como punto de partida variables y procesos socioestructurales, socioeconómicos, culturales y demográficos. Por otra parte, existen tradiciones de estudio volcadas en lo individual: la personalidad, la inteligencia, la herencia genética, las características bioquímicas, fisiológicas o neurológicas son algunos de los ingredientes que articulan este otro nivel de análisis. En un nivel intermedio se situarían las teorías e investigaciones microsociales o "psicosociales", que perfilan los mecanismos explicativos de la delincuencia atendiendo a los grupos primarios y a los entornos de interacción más próximos al individuo. Esta dimensión de análisis ha sido objeto de gran interés en las últimas dos décadas. Los contextos relacionales próximos al individuo permiten conocer determinantes más inmediatos y directos que los propuestos por la macrosociología. Además, estos ámbitos de interacción presentan el atractivo de la ductilidad y la sensibilidad a la intervención; lo psicosocial se muestra más accesible a la prevención o al tratamiento que los "grandes" factores macroestructurales o que las características pertenecientes al equipaje biopsicológico del individuo.

Dentro de las líneas de trabajo centradas en lo psicosocial, la familia y el grupo de amigos son dos de los espacios que más interés han suscitado.

Muy distintos cauces de evidencia han permitido constatar la importancia del contexto familiar en el desarrollo psicosocial del individuo (Barber y Rollins, 1990). La familia es reconocida como un marco social de gran relevancia en la configuración de actitudes, valores, cosmovisiones y estilos de vida; por ello, los estu-

diosos de la delincuencia han considerado al ámbito familiar como una pieza clave para entender por qué aparecen actitudes y conductas antisociales.

Este interés se ha visto plasmado en diferentes aproximaciones teóricas diseñadas desde la criminología. Así, por ejemplo, las teorías del control social (que constituyen uno de los marcos explicativos más influyentes) contemplan a la familia como una fuerza de gran relevancia para entender el proceso de desviación social. Estas teorías (la versión de Hirschi, 1969, es, sin duda, la más popular) plantean que la motivación por transgredir normas es inherente a la naturaleza humana. Lo que hay que explicar, por tanto, no es por qué ciertos individuos delinquen, sino, más bien, cómo los individuos consiguen refrenar sus tendencias delictivas. Para explicarlo, se plantea que, durante el proceso de socialización, el sujeto se va vinculando a instituciones convencionales, como la familia. Esta vinculación tiene un importante componente afectivo y actuará como mecanismo de contención, inhibiendo la aparición de la delincuencia. Si esa ligazón no llega a establecerse con suficiente potencia, o si se deteriora, la motivación por delinquir se manifestará, sin ataduras, en la conducta del sujeto. Dicho de otro modo, si no existen lazos afectivos con el mundo convencional, el individuo será poco sensible a sus normas, valores y mecanismos de control. Otras teorías subrayan también la importancia de la familia, pero enfatizando una dimensión diferente del funcionamiento familiar: el tipo de prácticas educativas (o "disciplinarias") que se despliegan en este medio. Por ejemplo, el modelo de Patterson (1982; Patterson, Reid y Dishion, 1992) insiste en destacar que los estilos educativos inadecuados (falta de supervisión, patrones de reforzamiento inconsistentes, hostilidad y falta de apoyo parental) generan y mantienen las conductas antisociales.

En cuanto al grupo de amigos, los expertos en el desarrollo humano han destacado su importancia durante la adolescencia (Fierro, 1985; Peterson y Leigh, 1990). Las experiencias en el grupo de amigos contribuirán a asentar la identidad y a expresar la propia autonomía, y ofrecerán oportunidades para ampliar el repertorio de habilidades y conductas, más allá del entorno familiar. En sintonía con estas ideas, los estudiosos de la inadaptación social han atribuido a los amigos un papel crucial para explicar

la génesis de la delincuencia. En concreto, la tradición teórica ligada a los planteamientos de la "asociación diferencial" y del "aprendizaje social" (Akers, 1973; Sutherland, 1939) ha sido una firme defensora de la importancia del grupo de amigos. De acuerdo con estos planteamientos, las actitudes y conductas delictivas se adquieren en la interacción con los grupos más cercanos, a través de un proceso de aprendizaje y el grupo de amigos será un contexto de particular importancia para el aprendizaje de la delincuencia. La implicación en grupos de amigos delincuentes favorecerá el modelado y el refuerzo de las conductas delictivas, de forma que el individuo llegará a adoptar los valores y comportamientos antisociales de su grupo. La corriente teórica de la asociación diferencial/aprendizaje social ha gozado de gran reconocimiento a lo largo de las últimas décadas (véase Romero, Sobral y Luengo, 1999) y ha servido de plataforma heurística para cientos de estudios. El auge de esta tradición contribuyó a asentar la idea de que el factor más relevante para explicar la delincuencia es la asociación con amigos antisociales.

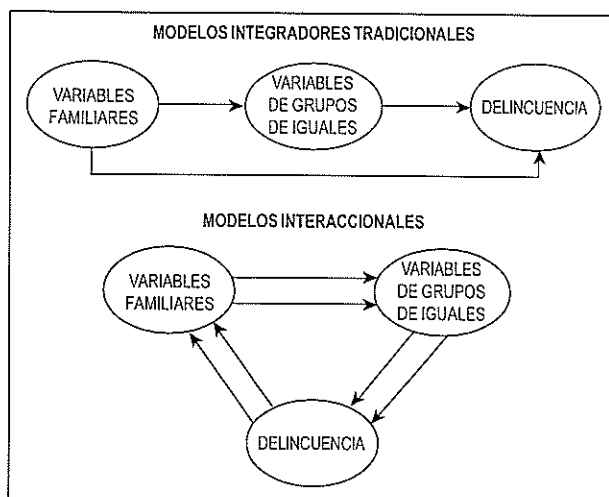
Han sido muchos los trabajos de investigación desarrollados para examinar la relación entre la delincuencia y las variables familiares y grupales emanadas de los modelos teóricos. Abundante evidencia ha demostrado que la delincuencia correlaciona con la existencia de relaciones tensas entre el adolescente y las figuras familiares (Borduin, Pruitt y Henggeler, 1986; Gold, 1963) y con la puesta en práctica de estilos disciplinarios altamente punitivos, permisivos o inconsistentes (Gove y Crutchfield, 1982; Patterson y Stouthamer-Loeber, 1984). Por su parte, la estrecha correlación existente entre la delincuencia y la implicación en grupos de amigos delincuentes es uno de los resultados más antiguos y robustos, que ha sido hallado por investigadores de diferentes orientaciones metodológicas y diversos campos disciplinares (Agnew, 1991; Glueck y Glueck, 1950; Thrasher, 1927). La interpretación de estas correlaciones es realizada, habitualmente, a la luz de las teorías anteriormente citadas: la falta de apego a la familia, las prácticas educativas inadecuadas y la implicación con amigos delincuentes son factores que "determinan" la delincuencia del sujeto.

A medida que los estudios fueron constatando la relación entre la delincuencia y las variables familia-

res y grupales, fueron surgiendo los llamados modelos "integradores", que intentaban aunar en un mismo marco teórico variables provenientes de los dos ámbitos. Estos modelos adquirieron gran difusión desde principios de la década de los 80 (Elliott, Huizinga y Ageton, 1985; Johnson, 1979; Hawkins y Weis, 1985; Patterson y Dishion, 1985). Sus hipótesis plantearon que el flujo causal discurre desde las variables familiares a las grupales y, desde éstas, a la delincuencia. Un débil apego a la familia o unas prácticas disciplinarias inadecuadas propiciarían la asociación con amigos delincuentes; ésta dará lugar al desarrollo de la conducta antisocial.

A pesar de su popularidad, la visión unidireccional de las relaciones Familia-Amigos-Delincuencia está siendo seriamente cuestionada. En la actualidad, diversas corrientes de estudio plantean que las relaciones entre variables familiares, variables grupales y delincuencia conforman un tejido más complejo y dinámico que el propuesto por las teorías clásicas (Sampson y Laub, 1993; Thornberry, 1996). El modelo "interaccional" de Thornberry (1987, 1996) es uno de los más representativos de una nueva generación de modelos en la cual los efectos recíprocos son tema dominante (para una revisión, véase Romero, 1998). Thornberry nos presenta un esquema teórico que, en principio, guarda semejanzas con los modelos integradores de los 80: una débil vinculación a la familia favorece el contacto con amigos delincuentes; los amigos servirán como contexto de aprendizaje en el que se refuerzan y modelan las conductas antisociales, de forma que el individuo acabará adquiriendo actitudes y comportamientos delictivos. Pero, a diferencia de los modelos integradores tradicionales, Thornberry propone que existen influencias bidireccionales entre los distintos elementos de la teoría. La delincuencia no es un mero producto final de fuerzas causales, sino que ella misma ejerce efectos "de vuelta" sobre sus determinantes. La delincuencia contribuye a atenuar todavía más los vínculos con la familia y favorece una implicación cada vez mayor con amigos delincuentes. Además, la propia asociación con amigos desviados afecta a los procesos del entorno familiar, deteriorando las relaciones afectivas en ese ámbito. En la Figura 1 se ilustra, esquemáticamente, el sistema de relaciones propuesto por los planteamientos interaccionales, en contraposición con los modelos integradores.

Figura 1
Estructura de relaciones propuesta por modelos integradores tradicionales y por los planteamiento interaccionales



Así pues, los nuevos modelos plantean que la correlación entre la delincuencia y las variables familiares y grupales, tal y como es registrada en los estudios transversales, responde a un doble proceso de influencia. Por ello, las interpretaciones unidireccionales, habituales en las investigaciones del área, pueden resultar demasiado simplificadoras y pueden hacernos sobreestimar el efecto de tales factores sobre la delincuencia.

Los intentos por desentrañar el sistema de relaciones interaccionales son todavía escasos. Poner a prueba estos planteamientos requiere diseños longitudinales, que permitan controlar el orden temporal de las variables y que, por tanto, permitan deslindar en qué medida los distintos factores son antecedentes y/o consecuencias de la delincuencia. Los costes asociados a este tipo de metodologías dificultan la contrastación de tales hipótesis. No obstante, algunos trabajos aportan indicios de influencia recíproca entre la delincuencia y las variables familiares y grupales. Ciertas investigaciones sugieren que la conducta antisocial presenta relaciones bidireccionales con el apego familiar (Thornberry, Lizotte, Krohn, Farnworth y Jang, 1991) y con el grado de supervisión desplegado por los padres (Jang y Smith, 1997; Paternoster, 1988). Asimismo, se ha observado que la delincuencia y la asociación con amigos delincuentes se determinan recíprocamente (Aseltine, 1995; Kandel, 1996; Reed y Rose,

1991): la implicación con amigos delincuentes parece fomentar la conducta delictiva, pero ésta, a su vez, favorece una mayor asociación con grupos antisociales; en nuestro país se ha encontrado también evidencia consistente con estos procesos (Romero, Luengo y Otero, 1995).

En consonancia con los modelos interaccionales y con estas líneas de investigación, el presente trabajo pretende contribuir al estudio de los efectos recíprocos Familia-Amigos-Delincuencia. Concretamente, se examina en qué medida existen relaciones bidireccionales entre a) variables familiares (tanto relativas a vínculos afectivos como a prácticas disciplinares) y delincuencia; b) implicación con amigos delincuentes y delincuencia; c) variables familiares e implicación con amigos delincuentes. Para ello, se analizan los datos recogidos, en dos años consecutivos, en una muestra de adolescentes escolarizados.

MÉTODO

Muestra

La muestra de este trabajo está formada por 820 adolescentes (401 varones y 419 mujeres), con edades comprendidas entre los 15 y los 20 años (media=16.60; desviación típica=1.76). Los sujetos estaban escolarizados en enseñanzas secundarias (BUP y FP) en diversos centros de Galicia. Atendiendo a la ocupación y al nivel de estudios de los padres (índice de Hollingshead de 4 factores; Hollingshead, 1975), un 68,7% de los sujetos podría encuadrarse dentro de un clase socioeconómica "baja" o "media-baja"; un 5,7% pertenecería a una clase "alta" y un 25,6% se situaría en un estrato intermedio. En cuanto al lugar de residencia, la mayoría de estos adolescentes vivía en el medio urbano (un 81,7%); de ellos, un 40,3% residía en zonas céntricas y un 31,4%, en barrios periféricos. Un 18,3% estaba integrado por adolescentes del mundo rural.

Variables e instrumentos

Todos los instrumentos utilizados en este estudio fueron instrumentos tipo autoinforme. La utilidad de los autoinformes en el estudio de la conducta desviada es ampliamente reconocida (Junger-Tas, 1994), siem-

pre que se apliquen en circunstancias no amenazantes y se garantice el anonimato. Los autoinformes facilitan la evaluación del ambiente percibido; éste tiene una relevancia mayor que el ambiente "objetivo" en la determinación del ajuste psicosocial del adolescente (Jessor y Jessor, 1977). Además, permiten realizar evaluaciones "directas, sensibles y completas" (White, 1997, p. 513) de la conducta antisocial y permiten el acceso a muestras amplias de sujetos.

Variables familiares

Las variables familiares analizadas fueron, por una parte, el apego del adolescente a sus padres y, por otra, las prácticas educativas mostradas por los padres.

Para evaluar el apego se utilizó el Inventario de Apego a Padres (Armsden y Greenberg, 1987). Este instrumento consta de dos partes (25 ítems cada una) referidas, respectivamente, a apego con el padre y apego con la madre. Para ambas figuras, el inventario evalúa tres dimensiones del apego: la confianza (comprensión y respeto en las relaciones con los padres; e.g., "Mi padre me comprende"), la comunicación (calidad y fluidez en la comunicación verbal con los padres; e.g., "Me resulta fácil hablar con mi madre") y la alienación (sentimientos de tensión y aislamiento en el medio familiar; e.g., "Mi padre me saca de mis casillas fácilmente"). Todos los ítems presentan un formato de respuesta tipo Likert con 5 alternativas de respuesta (de "Nunca o casi nunca" a "Siempre o casi siempre"). Las distintas subescalas del inventario han mostrado índices de fiabilidad (alpha de Cronbach) comprendidas entre .72 y .91 y, en diversos estudios, han mostrado su utilidad como medidas del apego familiar (Romero, Luengo y Otero, 1996; Luengo, Otero, Mirón y Romero, 1995). En este trabajo, las 6 subescalas que, en total, configuran el instrumento sirvieron como indicadores del constructo "apego a la familia".

La evaluación de las prácticas disciplinarias de los padres se realizó a través del Inventario Cornell de Socialización (Devereux et al., 1974). Este inventario permitió evaluar dos tipos de conductas disciplinarias que se han visto correlacionadas (aunque en direcciones contrarias) con el desarrollo de comportamientos antisociales. Por una parte, el "apoyo", un estilo socializador que conjuga el apoyo afectivo con prácticas educativas basadas en el razonamiento, la consis-

tencia y la facilitación de la autonomía personal; este patrón disciplinario se considera habitualmente como protector contra el desarrollo de conductas antisociales (Baumrind, 1978). Por otra parte, el inventario evalúa el nivel de "disciplina punitiva", que aglutina otro tipo de tácticas socializadoras fundamentadas en el castigo, el poder y la rigidez de las normas; en la literatura sobre desviación social, esta modalidad educativa se ha mostrado relacionada, positivamente, con la actividad delictiva de los adolescentes (Gove y Crutchfield, 1982). El Inventario Cornell evalúa estos dos tipos de prácticas disciplinarias a través de 10 ítems: 6 correspondientes a la dimensión de "Apoyo" ("Cuando mi madre quiere que haga algo me explica por qué") y 4 referidos a la "Disciplina Punitiva" ("Mi madre me dice que me pegará si hago algo que no quiere que haga"). En este trabajo, los adolescentes debían responder a los ítems tomando como referencia, por una parte, las conductas de la madre y, por otra, las conductas del padre. Debían indicar, concretamente, con qué frecuencia cada una de estas dos figuras había presentado, durante el último año, los comportamientos contenidos en los ítems (de "Nunca" a "Siempre"). Los ítems correspondientes a Apoyo mostraron una consistencia interna de .81 para el padre y .78 para la madre; los ítems de Disciplina Punitiva presentaron un valor alpha de .69 para el padre y .68 para la madre. En diversos trabajos, se ha obtenido evidencia de la validez de este instrumento para evaluar las prácticas socializadoras de los padres (Devereux et al., 1974; Brook, Whiteman, Gordon, Brenden y Jinishian, 1980; Mirón, 1990).

En definitiva, en este trabajo se abordan las dos facetas del funcionamiento familiar que más interés han generado en la literatura sobre desviación social: los vínculos afectivos y los estilos disciplinarios. Las mediciones que, en concreto, realizamos en este estudio ya han mostrado, en trabajos transversales, su relación con la conducta delictiva dentro de nuestro ámbito sociocultural (Mirón, 1990).

Implicación con amigos delincuentes

Para evaluar la implicación con amigos delincuentes, se aplicó un conjunto de 5 ítems, presentados con una escala de respuesta de 5 puntos. En estos elementos, se pregunta con qué frecuencia en el último año (de

“Nunca” a “A menudo”) los amigos realizan actividades de vandalismo, robo, agresión, conductas contra normas y consumo de drogas ilegales, categorías de conducta antisocial que han sido identificadas en numerosos estudios como las más relevantes durante la adolescencia (Brodsky y Smitherman, 1984; Inciardi y McBride, 1976). Este compuesto de ítems ha mostrado una consistencia interna (alpha) de .76 y su validez como medida de la asociación con amigos delinquentes ha sido apoyada en diversas investigaciones previas (Luengo, Otero, Carrillo y Romero, 1992; Romero et al., 1995).

Delincuencia

El Cuestionario de Conducta Antisocial (CCA) fue utilizado para evaluar la actividad delictiva del sujeto. Este instrumento fue elaborado por nuestro equipo de investigación y ha sido ampliamente utilizado en trabajos sobre factores de riesgo de la delincuencia (Romero, 1996; Romero, Luengo, Carrillo y Otero, 1994; Luengo, Carrillo, Otero y Romero, 1994). El CCA consta de 82 ítems relativos a la frecuencia con que el joven ha realizado, en el último año, distintas actividades antisociales (e.g., “Hacer destrozos en una tienda”, “Actuar violentamente contra el profesor”, “Coger la bicicleta de un desconocido y quedársela”). Estos ítems fueron elaborados a partir de una revisión de las escalas más utilizadas en los contextos occidentales (Brodsky y Smitherman, 1984) y, además, se realizó un análisis de las conductas antisociales más frecuentes en los jóvenes españoles. Los ítems se agrupan en 5 categorías de conducta antisocial arriba mencionadas: vandalismo (13 ítems), robo (18 ítems), agresión (15 ítems), conductas contra normas (13 ítems) y consumo/tráfico de drogas (21 ítems). Estas cinco escalas fueron usadas en el presente trabajo como indicadores del constructo “delincuencia”. El formato de respuesta al cuestionario es un formato tipo Likert, con 4 alternativas: “Nunca” (0 veces), “Pocas veces” (de 1 a 5 veces), “Bastantes veces” (de 6 a 10 veces) y “Con frecuencia” (10 veces o más). El CCA ha mostrado un coeficiente alpha de .98 y las distintas escalas presentan índices que oscilan entre .87 y .95. En cuanto a la validez, el cuestionario ha mostrado su capacidad para “discriminar” entre adolescentes de la población general y jóvenes delinquentes detectados por los sistemas de justicia (Mirón, 1990; Romero,

1996). Asimismo, las interrelaciones halladas entre el CCA y otras variables demográficas, psicosociales y conductuales (Luengo et al., 1994; Mirón, 1990; Romero, 1996; Romero et al., 1995) apoyan su adecuación como medida de la implicación delictiva.

Procedimiento

Todos los instrumentos fueron aplicados de forma colectiva y durante el horario escolar, en las aulas donde los sujetos desarrollaban sus actividades académicas. La aplicación fue realizada por personal especializado, previamente entrenado, y la participación de los adolescentes fue voluntaria. Asimismo, se garantizó el anonimato de los datos recogidos. Los instrumentos se aplicaron en dos ocasiones (T1 y T2), distanciadas por un lapso temporal aproximado de 12 meses. Para facilitar el seguimiento de los sujetos, garantizando al mismo tiempo el anonimato, cada adolescente debía construir una clave personal y anotarla en su cuadernillo en las dos ocasiones. Esto permitió identificar los cuestionarios pertenecientes a un mismo sujeto, sin que fuese necesario anotar su nombre en ellos.

Análisis estadísticos

Se realizaron análisis de ecuaciones estructurales con variables latentes (Bollen, 1989). En concreto, se utilizó un diseño con “variables endógenas previas” (*lagged endogenous model*; véase Menard, 1991). Para estimar los efectos recíprocos entre dos variables (por ejemplo, apego familiar y delincuencia), se examina en qué medida cada una de ellas permite predecir la otra variable, registrada en un momento posterior. Se analiza, por ejemplo, en qué medida el apego medido en T1 permite predecir la delincuencia medida en T2, y en qué medida la delincuencia medida en T1 predice el apego evaluado en T2. Además, este diseño exige controlar los niveles previos de cada variable. Es decir, en la predicción de la delincuencia T2 a partir del apego T1, ha de controlarse el nivel de delincuencia T1; y, en la predicción del apego T2 a partir de la delincuencia T1, debe controlarse el apego T1. Esta forma de proceder permite controlar la estabilidad de las variables a lo largo del tiempo y, así, permite conocer en qué medida una variable tiene efectos sobre los cambios que, posteriormente, se producen en la otra: podremos saber si el

apego T1 predice la progresión que, a lo largo del año siguiente, se va a producir en la delincuencia del sujeto y, recíprocamente, sabremos si la delincuencia medida el primer año predice cambios en el apego a la familia. Esta modalidad de diseños es comúnmente recomendada en la literatura sobre metodología longitudinal (Collins y Horn, 1991; Markus, 1979; Menard, 1991) y se ha puesto en práctica, dentro de distintas áreas de estudio, para estimar efectos bidireccionales (e.g., Gerrard, Gibbons, Benthin y Hessling, 1996). Específicamente, en el campo que ahora nos ocupa (la relación recíproca entre factores psicosociales y conducta desviada) ha sido utilizado en diversos trabajos (Jang y Smith, 1997; Menard y Elliott, 1994). Los propios teóricos de los modelos interaccionales lo han recomendado para el análisis de efectos recíprocos (Thornberry y Krohn, 1997).

En el presente trabajo, estos efectos fueron estimados a través del programa LISREL 7 (Jöreskog y Sörbom, 1989). A la hora de especificar el modelo, se dejaron correlacionar los términos de error de los distintos constructos. Ello permite mejorar la fiabilidad de las estimaciones cuando, como en este caso, pueden existir otras variables relevantes, no contempladas en el modelo, que puedan ejercer efectos sobre las variables evaluadas (Markus, 1979).

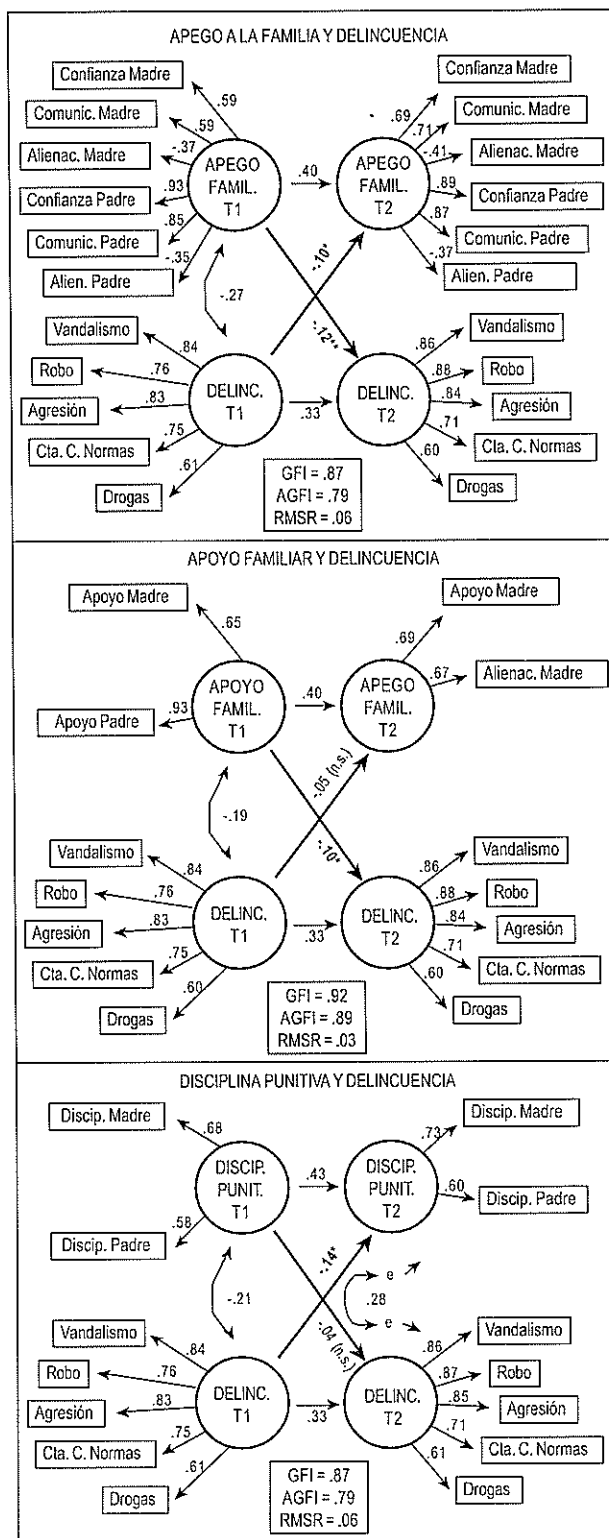
RESULTADOS

Variables familiares y delincuencia

Los resultados sobre las relaciones recíprocas entre la delincuencia y las variables familiares (apego, apoyo, disciplina punitiva) se presentan en la Figura 2.

En esta figura se muestran los coeficientes estandarizados y los índices de ajuste para los modelos correspondientes a cada uno de los factores familiares. Los índices de ajuste permiten evaluar en qué medida el modelo es una buena representación de las relaciones que se establecen entre las variables. Dadas las limitaciones de chi-cuadrado como medida de ajuste cuando la muestra es amplia (Bollen, 1989), los indicadores utilizados fueron el Índice de Bondad de Ajuste (*Goodness of Fit Index*; GFI), el Índice Ajustado (*Adjusted Goodness of Fit Index*; AGFI) y la Raíz Cuadrada Media Residual (*Root Mean Squared Residual*; RMSR).

Figura 2
Análisis de ecuaciones estructurales para estimar los efectos recíprocos entre variables familiares y delincuencia



En cuanto a los coeficientes, en la figura aparecen tanto los índices del modelo de medida como los coeficientes estructurales. Los primeros son los "pesos" factoriales que vinculan a las variables observadas con las variables latentes; estos coeficientes nos muestran el grado en que las diversas variables medidas son buenos indicadores del constructo subyacente. Los coeficientes estructurales vinculan a las variables latentes entre sí. Para los propósitos de este trabajo, son particularmente interesantes los coeficientes "cruzados", que establecen relaciones estructurales entre a) los constructos familiares medidos en T1 y la delincuencia medida en T2, y b) la delincuencia medida en T1 y las variables familiares T2. Estos son los indicadores de los efectos recíprocos y, por ello, aparecen resaltados en el gráfico.

En la Figura 2 se observa, en primer lugar, que los indicadores utilizados para representar a distintos constructos (apego, apoyo, delincuencia) parecen ser medidas adecuadas. En lo que respecta a la variable latente "apego a la familia", las cargas factoriales más bajas son las de las subescalas de alienación (tanto con el padre como con la madre), aunque, en las dos mediciones, tienen una magnitud igual o superior a .35. En cuanto al "apoyo", los dos indicadores utilizados presentan pesos iguales o superiores a .60. Resultados semejantes se obtienen con el constructo "disciplina punitiva" (el coeficiente más bajo es .58, correspondiente a la disciplina por parte del padre en T1). Y, en lo que respecta a la delincuencia, las cinco dimensiones aparecen como buenos índices. Los coeficientes más bajos se sitúan en la dimensión "consumo/tráfico de drogas", aunque en ningún caso los índices fueron inferiores a .60.

Si examinamos la porción estructural de los modelos (es decir, si atendemos a los efectos que se establecen entre las distintas variables latentes), se observa que los efectos de estabilidad son los que presentan un impacto más fuerte sobre las variables familiares y sobre la delincuencia. Para la delincuencia, el coeficiente de estabilidad entre T1 y T2 es de .33. Los coeficientes de las variables familiares oscilan entre .40 (apego) y .46 (apoyo). Estos resultados son semejantes a los obtenidos en otros trabajos sobre conducta desviada (Elliott et al., 1985; Jang y Smith, 1997; Thornberry et al., 1991), que muestran que los niveles previos de las variables comúnmente analizadas son el predictor más potente de sus niveles futuros.

Por lo que respecta a los efectos cruzados (recíprocos) entre las variables familiares y la delincuencia, los datos sugieren efectos bidireccionales entre el apego a la familia y la conducta antisocial. El apego a la familia predice, con signo negativo, la actividad delictiva desplegada a lo largo del año siguiente (coeficiente $\gamma = -.12$, $p < .001$). Asimismo, la delincuencia tiene efectos negativos sobre el apego familiar ($\gamma = -.10$, $p < .05$). En cuanto al apoyo, se observa un efecto significativo (y negativo) sobre la delincuencia ($\gamma = -.10$, $p < .05$), mientras que el efecto delincuencia T1-apoyo T2 no alcanzó significación estadística. Finalmente, un patrón de resultados inverso se obtiene con la disciplina punitiva. Los efectos de esta variable sobre la delincuencia no son significativos; sin embargo, la delincuencia sí predice cambios en los niveles de disciplina punitiva. Este efecto tiene un signo positivo ($\gamma = .14$, $p < .01$); es decir, la actividad delictiva parece predecir un endurecimiento de la disciplina familiar.

En los tres modelos examinados, los índices de ajuste fueron moderadamente altos. El GFI osciló entre .87 y .92, y el AGFI, entre .79 y .89. El RMSR (que indica un buen ajuste cuanto más próximo sea a 0), se situó entre .03 y .06. En general, los índices parecen indicar que el modelo correspondiente a apoyo es el más ajustado (más altos GFI y AGFI; más bajo RMSR).

Implicación con amigos delincuentes y delincuencia

En la Figura 3 se presentan los resultados sobre los efectos recíprocos entre amigos la implicación con amigos delincuentes y la delincuencia.

En cuanto a la utilidad de las medidas tomadas como indicadores de estos constructos, los resultados obtenidos para la variable latente delincuencia fueron prácticamente idénticos a los observados en los análisis previos. Por lo que respecta a la implicación con amigos delincuentes, se observan ciertas diferencias entre T1 y T2. En T1, la conducta contra normas es la que presenta la carga más alta (.90) y la agresión es la dimensión con un menor peso factorial (.38). Cuando estas variables se miden un año más tarde, el ítem de consumo/tráfico de drogas es el que muestra un peso más alto (.81) y el vandalismo es el que carga menos (.68). En cualquier caso, los coeficientes mos-

Figura 3
Análisis de ecuaciones estructurales para estimar los efectos recíprocos entre implicación con amigos delincuentes y delincuencia.

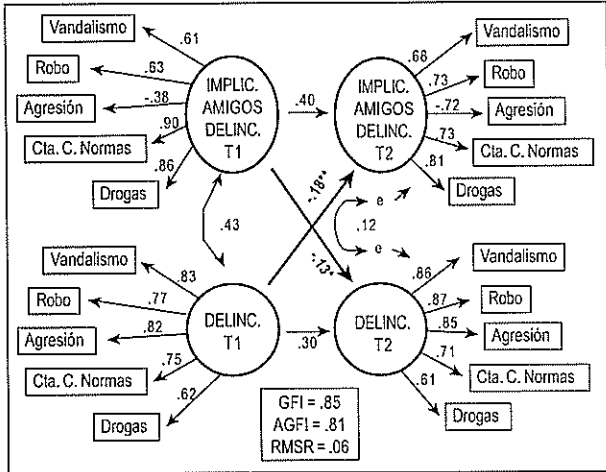
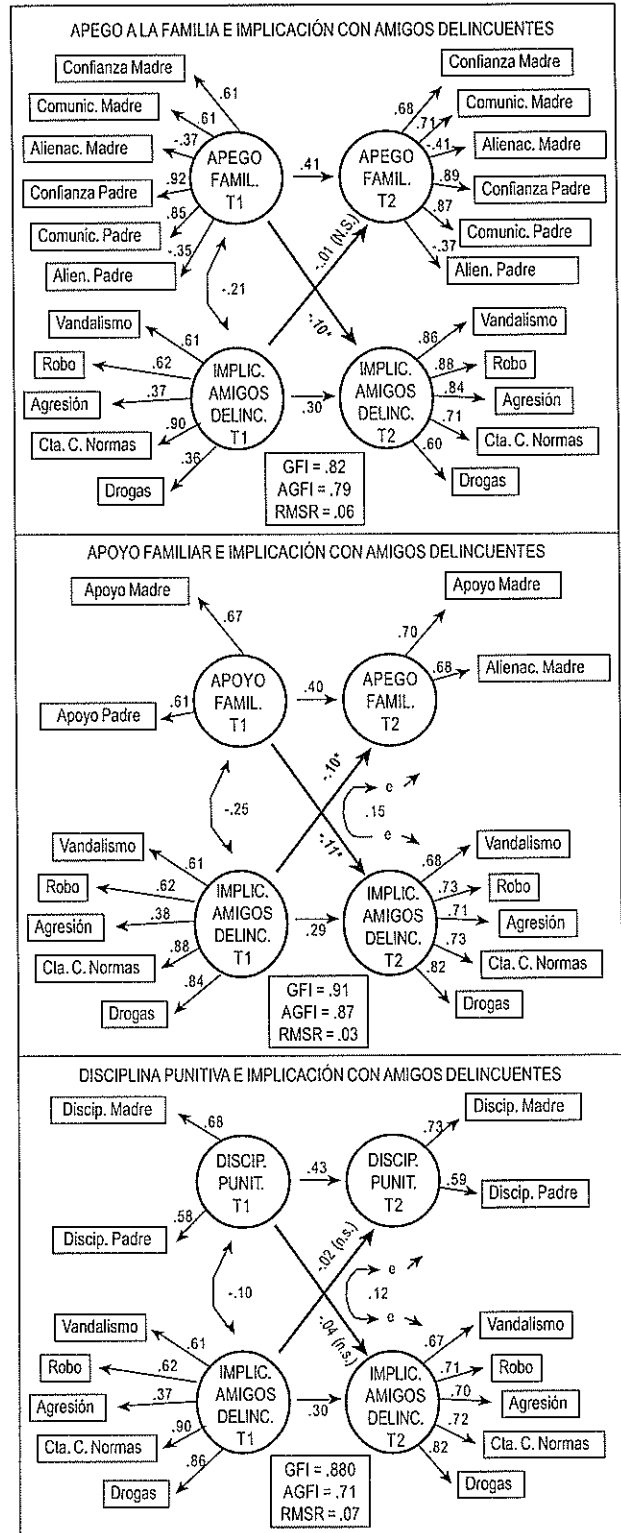


Figura 4
Análisis de ecuaciones estructurales para estimar los efectos recíprocos entre variables familiares e implicación con amigos delincuentes



traron valores aceptables, de modo que las medidas utilizadas parecen ser indicadores adecuados del factor latente.

Como se observa en la figura, los efectos entre la delincuencia y la implicación con amigos delincuentes son bidireccionales. La asociación con amigos antisociales predice aumentos en el nivel delictivo del sujeto ($\gamma = .13, p < .05$). Asimismo, la delincuencia predice un aumento en la implicación con amigos delincuentes ($\gamma = .18, p < .01$). De nuevo, las medidas de ajuste sugieren una correspondencia moderadamente alta entre el modelo y los datos.

Variables familiares e implicación con amigos delincuentes

De acuerdo con los objetivos propuestos, un tercer grupo de análisis se dirigió a examinar los efectos entre variables familiares e implicación con amigos delincuentes. En la Figura 4 aparecen los resultados.

Estos datos son consistentes con la idea de que el apego a la familia inhibe la asociación con amigos antisociales ($\gamma = -.10, p < .05$); sin embargo, el efecto inverso no parece producirse. El apoyo familiar y la implicación con amigos delincuentes se afectan mutuamente. Concretamente, un alto apoyo familiar, registrado en T1, predice una baja implicación con amigos antisociales en T2 ($\gamma = -.11, p < .05$) y la

implicación con amigos antisociales predice descensos en el apoyo familiar ($\gamma = -.10$). Entre disciplina punitiva e involucración con amigos delincuentes no se establecen efectos predictivos significativos en ninguna de las dos direcciones. El ajuste de los tres modelos presenta valores semejantes a los modelos expuestos anteriormente. El ajuste más alto se obtiene para apoyo familiar-implicación con amigos delincuentes ($GFI = .91$; $AGFI = .87$; $RMSR = .03$).

En resumen, los análisis de estructuras de covarianza sugieren que el apego a la familia y el apoyo parental inhiben la conducta delictiva. A su vez, ésta deteriora el apego familiar y elicitá prácticas disciplinarias punitivas.

Asimismo, el apego y el apoyo familiar disminuyen las probabilidades de implicación con amigos delincuentes. Recíprocamente, los resultados sugieren que la implicación con amigos antisociales puede erosionar el apoyo familiar.

La implicación con amigos desviados favorecería el desarrollo de la delincuencia. La actividad delictiva tendría efectos "de vuelta", fomentando la involucración con amigos antisociales.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Como se indicaba en la primera parte de este artículo, las variables familiares y las variables del grupo de amigos son factores ampliamente investigados en la literatura sobre delincuencia. Las teorías criminológicas tradicionales conciben a la delincuencia como un mero producto de estos factores y los resultados de los estudios empíricos suelen ser interpretados de acuerdo con tales teorías. Son muy numerosos los estudios que examinan la relación entre la conducta delictiva y las relaciones familiares o entre la conducta delictiva y la delincuencia de los amigos; las correlaciones extraídas de estos trabajos se suelen considerar índices de la influencia de tales variables sobre la actividad antisocial.

Esta idea es desafiada, en los últimos años, por nuevos modelos teóricos que ponen su acento sobre la existencia de efectos bidireccionales. Estos planteamientos han sido examinados en el presente trabajo y los resultados nos proporcionan evidencia consistente con una causación recíproca.

En primer lugar, y en lo que concierne a las relaciones Familia-Delincuencia, se han encontrado efectos recíprocos entre el apego a la familia y la actividad antisocial: una débil implicación emocional con la familia predice, de acuerdo con las teorías del control social, un incremento en los niveles de actuación delictiva. Pero, a su vez, el apego a la familia es debilitado por la actividad antisocial. Resultados semejantes a este han sido presentados en otros trabajos (Thornberry et al. 1991).

En cuanto a las relaciones entre técnicas disciplinares y delincuencia, los efectos recíprocos han sido muy poco investigados en la literatura previa. Existe cierta evidencia de relaciones bidireccionales entre la conducta antisocial y el grado de supervisión percibido por el adolescente (por ejemplo, Jang y Smith, 1997), pero no se ha estudiado el efecto recíproco entre la delincuencia y los estilos educativos parentales que diferentes teóricos han propuesto como determinantes de la conducta prosocial/antisocial (Baumrind, 1978; Hoffman, 1975). En este sentido, el presente trabajo encuentra que la utilización de técnicas inductivas, regidas por el razonamiento y la consistencia de las normas ("Apoyo"), tiene efectos de signo negativo sobre la actividad delictiva, en consonancia con lo que nos proponen tales teóricos. La delincuencia, sin embargo, no parece afectar significativamente a este tipo de prácticas parentales.

La disciplina punitiva sí recibe efectos de la actividad delictiva. Los resultados de este estudio sugieren que la delincuencia aumenta la probabilidad de que se pongan en práctica conductas disciplinarias basadas en el castigo, quizás en un intento por "controlar" la conducta desviada del adolescente. Curiosamente, no se encuentra un efecto significativo de la disciplina punitiva sobre la delincuencia. Este hallazgo contradice los planteamientos tradicionales sobre técnicas educativas y delincuencia (se ha sostenido que la delincuencia se ve favorecida por este tipo de prácticas; Gold, 1963; Gove y Crutchfield, 1982). Nuestros datos sugieren que la disciplina punitiva puede ser más un "efecto" que un "precedente" de la conducta delictiva; esta hipótesis habrá de ser investigada en posteriores estudios (con diferentes muestras, intervalos temporales y estrategias de evaluación), a fin de conocer en qué medida recibe un respaldo consistente.

Los resultados sobre delincuencia e implicación con amigos desviados muestran la existencia de efectos recíprocos de signo positivo. La correlación entre estas dos variables es, como se ha señalado en la introducción, uno de los hallazgos más repetidos en la historia de la criminología. Desde los estudios observacionales de los años 20 (Thrasher, 1927) y los estudios con registros oficiales de los 30 (Shaw y McKay, 1931), cientos de investigaciones la han puesto de relieve (véase Thornberry y Krohn, 1997). Esta relación suele mostrar, además, una intensidad relativamente elevada. De hecho, la implicación con amigos delincuentes es el factor que suele "explicar" más varianza cuando se analiza conjuntamente con otros supuestos factores de riesgo. Ya se ha indicado que la interpretación más frecuente de esta relación ha sido que la desviación de los amigos es el factor causal más importante de la conducta delictiva adolescente: la implicación en un grupo delincente será el contexto que favorecerá la adopción de actitudes y conductas desviadas, a través de procesos como el reforzamiento directo o el modelado; por medio de estos procesos, el individuo llegará a asemejarse al grupo en sus niveles de conducta inadapta y, por tanto, aparecerán elevadas correlaciones entre el comportamiento del sujeto y el comportamiento del grupo. A pesar de que esta ha sido la visión que, históricamente, ha prevalecido, no han faltado posiciones que proponían un efecto inverso: quizás no era el grupo quien "moldeaba" al individuo, sino que era el propio sujeto desviado el que elegía como amigos a individuos delincuentes. Esta fue, por ejemplo, la posición de Glueck y Glueck (1950), que popularizaron en los textos de criminología el dicho anglosajón "birds of a feather flock together"; de acuerdo con estos autores, la correlación entre el individuo y su grupo se debería a un proceso de selección y no a un proceso de influencia. En años recientes, esta hipótesis fue revitalizada. El auge de los modelos interaccionales y el desarrollo de nuevas posibilidades de análisis longitudinal impulsaron la aparición de estudios que intentaban conocer en qué medida la semejanza entre el sujeto y el grupo venía dada por cada uno de estos dos mecanismos. Los resultados se asemejan a los obtenidos en este trabajo: los efectos parecen ser bidireccionales (Kandel, 1978; Burkett y Warren, 1987; Reed y Rose, 1991; Thornberry, Lizotte, Krohn, Farnworth y Jang, 1994). La aparición de estos hallazgos ha conducido,

incluso, a que ciertos teóricos que, en otros momentos, habían sido claros defensores de la hipótesis de la influencia, amplíen sus planteamientos para admitir el efecto de selección; este es el caso de Akers (1997), uno de los principales representantes de las teorías del aprendizaje social, y de Elliott (Elliott y Menard, 1996), autor de uno de los modelos integrados más conocidos. En la actualidad, la polémica se sitúa, más que en el reconocimiento de estos efectos, en su magnitud. Mientras que ciertos autores encuentran que la influencia de los amigos es más fuerte que el efecto de selección (Elliott y Menard, 1996), la selección aparece con mayor potencia en otros trabajos (Kandel, 1978; Fisher y Bauman, 1988; Romero et al., 1995). Los hallazgos del presente estudio muestran una mayor consistencia con esta última pauta.

Por lo demás, en este trabajo fueron analizados también los efectos entre las variables familiares y la implicación con amigos delincuentes. Habitualmente, la literatura sobre delincuencia asume que la influencia causal discurre desde las variables familiares a las variables del grupo de amigos (Elliott et al., 1985; Linden y Fillmore, 1981). El presente estudio indica que el apego familiar inhibe, efectivamente, la implicación con amigos desviados, sin que el efecto recíproco sea significativo. Sin embargo, entre el apoyo y la asociación con amigos delincuentes, se establecen procesos bidireccionales: un bajo apoyo predice la implicación con amigos delincuentes, y ésta hace menos probables las conductas de apoyo. Entre disciplina punitiva e implicación con amigos desviados no parecen establecerse efectos en ninguna de las dos direcciones.

En definitiva, los resultados indican que la relación entre familia, amigos y conducta antisocial parece ir más allá de los modelos lineales y recursivos. Aunque los efectos detectados en este trabajo no alcanzan altas magnitudes, debemos tener en cuenta que el período de seguimiento ha sido relativamente corto y que el diseño estadístico utilizado es "conservador", ya que requiere que estos efectos se manifiesten una vez parcializados los potentes efectos autorregresivos.

En el plano de las teorías, este trabajo proporciona evidencia de apoyo a diversos modelos surgidos o consolidados en la última década (Romero, 1998). A lo largo de este artículo se ha citado el modelo de Thornberry, como un buen exponente de la defensa de efectos recíprocos. No obstante, estos efectos son tam-

bién pieza central de otras teorías recientes que están alcanzando gran resonancia en la psicología criminológica. Así, el modelo de Moffitt (1993) plantea que la delincuencia (al menos la delincuencia persistente, de inicio temprano) afecta a sus propios determinantes, dificultando, por ejemplo, las relaciones familiares o la adaptación al entorno escolar. Procesos semejantes son propuestos por Patterson, Reid y Dishion (1992); de acuerdo con estos autores, desde la infancia temprana las conductas disruptivas van generando efectos de "realimentación", de forma que el sujeto antisocial no logra un funcionamiento académico adecuado, es rechazado por iguales adaptados, no consigue una buena adaptación al mundo del trabajo ni relaciones de pareja satisfactorias; todo ello contribuirá a sostener el estilo de vida delictivo. Por su parte, Sampson y Laub (1993) amplían los planteamientos del control social incluyendo, precisamente, efectos recíprocos: la falta de vínculos a la sociedad convencional (lo que estos autores denominan falta de "capital social") favorece la aparición de conductas delictivas; éstas, a su vez, debilitan los lazos convencionales y, por tanto, el individuo se verá progresivamente más orientado a la delincuencia.

Así pues, los hallazgos de este trabajo se sitúan en concordancia con marcos teóricos que contemplan a la delincuencia como un elemento activo dentro del desarrollo del individuo. Los nuevos esquemas asumen un proceso de interacción dinámica entre la conducta y su ambiente, de un modo semejante a los modelos transaccionales propuestos en otros campos de la psicología (Magnusson, 1988).

Como indican las nuevas teorías, los efectos recíprocos pueden actuar como bucles que cronifican la conducta delictiva: a través de ellos, la propia delincuencia favorece su mantenimiento. Por ello, este tipo de resultados sugiere la conveniencia de una intervención temprana, antes de que la espiral de efectos haga más difícil obtener resultados satisfactorios. Además, dado que entre los distintos factores de riesgo no parece existir una vía causal unidireccional (como hemos visto en este artículo, la familia y los amigos se afectan mutuamente), la intervención debiera ser multicomponente, de amplio espectro, dirigida simultáneamente a esos factores que interactúan entre sí.

La investigación sobre efectos recíprocos proporciona una visión renovada (y compleja) sobre el de-

sarrollo de la delincuencia. La investigación habrá de seguir progresando, a fin de examinar aspectos que todavía permanecen poco clarificados. Por ejemplo, el análisis en diferentes etapas del ciclo vital puede aportarnos una información más precisa sobre el peso de diferentes efectos en distintos momentos evolutivos. Se ha sugerido que, a medida que avanza la edad del individuo, los efectos apego familiar-delinuencia dejan de ser bidireccionales; la familia dejaría de tener impacto sobre la delincuencia, mientras que se mantendrían los efectos de ésta sobre el apego (Thornberry et al., 1991). Otros autores han planteado que, en la relación delincuencia-amigos delincentes, la influencia de los amigos es el proceso primero; posteriormente aparecerían los efectos recíprocos (Elliott y Menard, 1996). Además, falta analizar empíricamente en qué medida el procesamiento oficial y la institucionalización contribuyen también a la causación recíproca de la delincuencia. El "etiquetado" y el encarcelamiento constituyen una vía por la cual se puede ver propiciado el deterioro de las relaciones familiares, el contacto con amigos desviados y, en general, la desvinculación de entornos convencionales. Asimismo, es necesario tener en cuenta que la mayoría de los estudios realizados hasta el momento sobre este tema incluyen seguimientos muy cortos sobre las muestras. Un conocimiento completo de los efectos entre características psicosociales y delincuencia requiere análisis en períodos más amplios, de modo que los efectos tengan tiempo suficiente para manifestarse. Y, en otro orden de cosas, la utilización de técnicas de evaluación distintas a los informes de los adolescentes (por ejemplo, técnicas observacionales, autoinformes de padres o de amigos) podría enriquecer esta área de trabajo, ayudando a conocer hasta qué punto nos encontramos ante hallazgos estables y robustos.

Para terminar, señalemos que investigaciones como la que aquí se presenta deja constancia del interés de los estudios longitudinales para analizar el desarrollo de la delincuencia. Identificar factores de riesgo implica ir más allá que examinar una covariación transversal: los correlatos psicosociales pueden ser tanto antecedentes como consecuencias de la delincuencia. Hoy disponemos de marcos teóricos que, explícitamente, lo proponen; y, progresivamente, se van acumulando investigaciones que lo apoyan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agnew, R.S. (1991). The interactive effect of peer variables on delinquency. *Criminology*, 29, 47-72.
- Akers, R.L. (1973). *Deviant behavior: A social learning perspective*. Belmont, California: Wadsworth.
- Akers, R.L. (1997). *Criminological theories*. Los Angeles, California: Roxbury.
- Armsden, G.A. y Greenberg, M.T. (1987). The Inventory of Parent and Peer Attachment: Individual differences and their relationship to psychological well-being in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 16, 427-454.
- Barber, B.K. y Rollins, B.C. (1990). *Parent adolescent relationships*. Lanham, Maryland: University Press of America.
- Baumrind, D. (1978). Parental disciplinary patterns and social competence in children. *Youth and Society*, 9, 239-277.
- Bollen, K.A. (1989). *Structural equations with latent variables*. Nueva York: Wiley.
- Borduin, C.M., Pruitt, J.A. y Henggeler, S.N. (1986). Family interactions in black, lower-class families with delinquent and nondelinquent adolescent boys. *Journal of Genetic Psychology*, 147, 333-343.
- Brodsky, S.L. y Smitherman, S. (1983). *Handbook of scales for research in crime and delinquency*. Nueva York: Plenum Press.
- Brook, J., Whitman, M., Gordon, A., Brenden, C. y Jinishian, A. (1980). Relationship of maternal and adolescent perceptions of maternal child-rearing practices. *Perceptual and Motor Skills*, 51, 1043-1048.
- Burkett, S.R. y Warren, B.O. (1987). Religiosity, peer influence, and adolescent marijuana use: A panel study of underlying causal structures. *Criminology*, 25, 109-131.
- Collins, L.M. y Horn, T.D. (1991) (Eds.). *Best methods for the analysis of change*. Washington: American Psychological Association.
- Devereux, E.C., Shouval, R., Bronfenbrenner, U., Rogers, R.R., Kavvenaki, S., Kiely, E. y Karson, E. (1974). Socialization practices of parents, teachers and peers in Israel: The kibbutz versus the city. *Child Development*, 45, 269-281.
- Elliott, D.S., Huizinga, D. y Ageton, S.S. (1985). *Explaining delinquency and drug use*. Beverly Hills: Sage.
- Elliott, D.S. y Menard, S. (1996). Delinquent friends and delinquent behavior: Temporal and developmental patterns. En J.D. Hawkins (Ed.), *Delinquency and crime. Current theories* (pp.28-67). Cambridge: Cambridge University Press.
- Farnworth, M., Thornberry, T.P., Lizotte, A.J. y Krohn, M.S. (1990). *Rochester Youth Development Study: Sampling design and implementation*. Informe técnico. The University at Albany.
- Fierro, A. (1985). Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia. En M. Carretero, J. Palacios y A. Marchesi (Eds.), *Psicología evolutiva 3. Adolescencia, madurez y senectud* (pp. 95-138). Madrid: Alianza.
- Fisher, L.A. y Bauman, K.E. (1988). Influence and selection in the friend-adolescent relationship: Findings from studies of adolescent smoking and drinking. *Journal of Applied Social Psychology*, 18, 289-314.
- Gerrard, M., Gibbons, F.X., Benthin, A.C. y Hessling, R.M. (1996). A longitudinal study of the reciprocal nature of risk behaviors and cognitions in adolescents: What do you do shapes what you think, and viceversa. *Health Psychology*, 15, 344-354.
- Glueck, S. y Glueck, E.T. (1950). *Unraveling juvenile delinquency*. Nueva York: Commonwealth Fund.
- Gold, M. (1963). *Status forces in delinquent boys*. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press.
- Gove, W.R. y Crutchfield, R.D. (1982). The family and juvenile delinquency. *Sociological Quarterly*, 23, 301-319.
- Hawkins, J.D. y Weis, J.G. (1985). The social development model: An integrated approach to delinquency prevention. *Journal of Primary Prevention*, 6, 73-97.
- Hirschi, T. (1969). *Causes of delinquency*. Newbury Park, California: Sage.
- Hoffman, M.L. (1975). Moral internalization, parental power and nature of parent-child interaction. *Developmental Psychology*, 2, 228-239.
- Hollingshead, A.B. (1975). *Four factor index of social status*. Manuscrito no publicado. Universidad de Yale, New Haven, CN.
- Inciardi, J.A. y McBride, D.C. (1976). Considerations in the definition of criminality for the assessment of the relationship between drug use and crime. En Research Triangle Institute (Ed.), *Drug use and crime: Report of the Panel on Drug Use and Criminal Behavior* (pp. 123-137). Springfield: National Technical Information.
- Jang, S.J. y Smith, C.A. (1997). A test of reciprocal causal relationships among parental supervision, affective ties, and delinquency. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 34, 307-336.
- Jessor, R. y Jessor, S.L. (1977). *Problem behavior and psychological development*. Nueva York: Academic Press.
- Johnson, R.E. (1979). *Juvenile delinquency and its origins*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jöreskog, K.S. y Sörbom, D. (1989). *LISREL 7. A guide to the program and applications*. Chicago: SPSS Inc.
- Junger-Tas, J. (1994). Delinquency in thirteen western countries: Some preliminary conclusions. En J. Junger-Tas, G.J. Terlowy M.W. Klein (Eds.), *Delinquent behavior among young people in the Western world. First results of the International Self-Report Delinquency Study*. Amsterdam: Kluger.
- Kandel, D.B. (1978). Homophily, selection, and socialization in adolescent friendships. *American Journal of Sociology*, 84, 427-436.
- Kandel, D.B. (1996). The parental and peer contexts of adolescent deviance: An algebra of interpersonal influences. *Journal of Drug Issues*, 26, 279-288.

- Luengo, M.A., Carrillo, M.T., Otero, J.M. y Romero, E. (1994). A short-term longitudinal study of impulsivity and antisocial behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 66, 542-548.
- Luengo, M.A., Otero, J.M., Carrillo, M.T. y Romero, E. (1994, Noviembre). *Towards an explanation of juvenile delinquency: An analysis of Elliott's model*. Comunicación presentada en la reunión anual de la Sociedad Americana de Criminología. Nueva Orleans.
- Luengo, M.A., Otero, J.M., Mirón, L. y Romero, E. (1995). *Análisis psicosocial del consumo de drogas en los adolescentes gallegos*. Santiago: Xunta de Galicia.
- Magnusson, D. (1988). *Individual developments from an interactional perspective: A longitudinal study*. Hillsdale, Nueva Jersey: Lawrence.
- Markus, G.B. (1979). *Analyzing panel data*. Londres: Sage.
- Menard, S. (1991). *Longitudinal research*. Londres: Sage.
- Menard, S. y Elliott, D.S. (1994). Delinquent bonding, moral beliefs, and illegal behavior: A three-wave panel model. *Justice Quarterly*, 11, 173-188.
- Mirón, L. (1990). *Familia, grupo de iguales y empatía: Hacia un modelo explicativo de la delincuencia juvenil*. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- Moffitt, T.E. (1993). Adolescence-limited and life-course persistent male delinquency. *Criminology*, 32, 277-300.
- Paternoster, R. (1988). Examining three-wave deterrence models: A question of temporal order and specification. *Journal of Criminal Law and Criminology*, 79, 135-179.
- Patterson, G.R. (1982). *Coercive family process*. Eugene, Oregon: Castalia.
- Patterson, G.R. y Dishion, T.J. (1985). Contributions of families and peers to delinquency. *Criminology*, 23, 63-79.
- Patterson, G.R., Reid, J.B. y Dishion, T.J. (1992). *Antisocial boys*. Eugene, Oregon: Castalia.
- Patterson, G.R. y Stouthamer-Loeber, M. (1984). The correlation of family management practices and delinquency. *Child Development*, 55, 1299-1307.
- Peterson, G.W. y Leigh, G.K. (1990). The family and social competence in adolescence. En T.P. Gullotta, G.R. Adams y R. Montemayor (Eds.), *Developing social competency in adolescence* (pp. 87-101). Newbury Park, California: Sage.
- Reed, M.D. y Rose, D.R. (1991). *Modeling the reciprocal relations of delinquent peers, delinquent attitudes, and serious delinquency*. Manuscrito no publicado.
- Romero, E. (1996). *La predicción de la conducta antisocial: Un análisis de las variables de personalidad*. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- Romero, E. (1998). Teorías sobre delincuencia en los 90. *Anuario de Psicología Jurídica* 1998, 31-59.
- Romero, E., Luengo, M.A., Carrillo, J.M. y Otero, J.M. (1994). Un análisis transversal y longitudinal de la relación entre autoestima y conducta antisocial en los adolescentes. *Análisis y Modificación de Conducta*, 20, 645-668.
- Romero, E., Luengo, M.A. y Otero, J.M. (1995). Grupo de iguales y delincuencia juvenil: Un análisis de las variables afectivas y conductuales. En E. Garrido y C. Herrero (Eds.), *Psicología política, jurídica y ambiental* (pp. 193-216). Madrid: Eudema.
- Romero, E., Luengo, M.A. y Otero, J.M. (1996). Autoconcepto y fracaso escolar: Un acercamiento psicosocial. En D. Gómez y X.L. Saburido (Eds.), *Salud y prevención. Nuevas aportaciones desde la evaluación psicológica* (pp. 461-481). Santiago: Universidad de Santiago de Compostela.
- Romero, E., Sobral, J. y Luengo, M.A. (1999). *Personalidad y delincuencia: Entre la biología y la sociedad*. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- Sampson, R.J. y Laub, J.H. (1993). *Crime in the making: Pathways and turning points through life*. Cambridge: Harvard University Press.
- Shaw, C.R. y McKay, H.D. (1931). *Juvenile delinquency and urban areas*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sutherland, E.H. (1939). *Principles of criminology*. Filadelfia: Lippincott.
- Thornberry, T.P. (1987). Toward an interactional theory of delinquency. *Criminology*, 25, 863-891.
- Thornberry, T.P. (1996). Empirical support for interactional theory: A review of the literature. En J.D. Hawkins (Ed.), *Delinquency and crime. Current theories*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Thornberry, T.P. y Krohn, M.D. (1997): Peers, drug use, and delinquency. En D.M. Stoff, J. Breiling y J.D. Maser (Eds.), *Handbook of antisocial behavior* (pp. 218-233). Nueva York: Wiley.
- Thornberry, T.P., Lizotte, A.J., Krohn, M.D., Farnworth, M. y Jang, S.J. (1991). Testing interactional theory: An examination of reciprocal causal relationships among family, school, and delinquency. *The Journal of Criminal Law and Criminology*, 82, 3-35.
- Thornberry, T.P., Lizotte, A.J., Krohn, M.D., Farnworth, M. y Jang, S.J. (1994). Delinquent peers, beliefs, and delinquent behavior: A longitudinal test of interactional theory. *Criminology*, 32, 601-637.
- Thrasher, F.M. (1927). *The gang*. Chicago: University of Chicago Press.
- White, H.R. (1997). Alcohol, illicit drugs, and violence. En D.M. Stoff, J. Breiling y J.D. Maser (Eds.), *Handbook of antisocial behavior* (pp. 511-523). Nueva York: Wiley.